

la educacion de Filemon estuviese completa, y con ellos se perderian oportunidades preciosas para nunca mas volver.

—¡Ah! decía á veces suspirando, ¡si Juliano hubiese vivido una generacion mas tardel. Entonces hubiera llevado todos mis tesoros, ganados á costa de tantos afanes, á los piés del Poeta del Sol, y le hubiera dicho: “¡Tómame!... Héroe, guerrero, hombre de estado, sábio, sacerdote del Dios de la Luz, ¡toma á tu esclava, mándala... envíala... al martirio, si quieres!” ¡Corto precio habria sido este para comprar el honor de ser el último de tus apóstoles y acompañar en su tarea intelectual á Yamblico, Máximo, Libanio y demas sábios que rodeaban el trono del último verdadero César!

CAPITULO XV.

MAS VIENTO DE ORIENTE.

Hipatia habia evitado siempre cuidadosamente discutir con Filemon sobre

ninguno de aquellos puntos en que disenta de la fé primera del monge. Contentábase con dejar que la divina luz de la filosofia penetrase por su propia fuerza y dedujese sus conclusiones. Pero un dia, en el tiempo mismo en que este relato comienza de nuevo, se sintió tentada á hablar mas claramente á su discípulo. Teon habia puesto en manos de éste algunos dias antes una nueva obra de Hipatia sobre matemáticas; y la mirada de placer y adoracion con que el jóven la saludó al encontrarla en los jardines del Museo, provocó su curiosidad y la indujo á averiguar los milagros que su sabiduría hubiese hecho hasta allí. Detúvose, pues, é indicó á su padre que diese principio á una conversacion con Filemon.

—¡Bien! dijo el anciano con alentadora sonrisa. ¿Y cómo encuentra nuestro discípulo su nuevo. . . .

—Mis secciones cónicas, ¿no es eso lo que quieres dar á entender, padre? Difícil será que en mi presencia se explique francamente.

—¿Por qué no? dijo Filemon. ¿Por qué no habria de manifestarte, lo mismo que á todo el mundo, el nuevo y ad-

mirable campo de ideas que han abierto para mí en unas cuantas horas?

—¿Y cómo? preguntó Hipatia sonriéndose, cual si supiese de antemano la respuesta del jóven. ¿En qué se diferencia mi comentario del texto original de Apolonio, sobre el cual lo he cimentado tan fielmente?

—¡Oh! se diferencia tanto como un cuerpo vivo de uno muerto. En lugar de áridas investigaciones sobre las propiedades de las líneas rectas y curvas, he hallado una mina de poesía y teología. Cada fórmula matemática me ha parecido trasformada, como por un milagro, en el símbolo de algun principio noble y profundo del mundo invisible.

—¿Y crees que el filósofo de Perga no vió otro tanto? ¿ó te figuras que podemos pretender sobrepujar en profundidad de conocimientos á los antiguos sábios? No dudes de que ellos, como los poetas, solo aludian á cosas espirituales, aun cuando parecen hablar de objetos físicos; y que si cubrian el cielo con esa vestidura terrestre, era para ocultarlo á las miradas de los profanos; mientras que nosotros, en estos degenerados tiempos, tenemos que interpretar

y explicar cada pormenor á los torpes oídos de los hombres.

—¿Crees, amigo mio, preguntó Teon, que las matemáticas sean útiles al filósofo de otro modo que como vehículos de verdad espiritual? ¿Hemos de estudiar los números meramente como medios de ajustar cuentas; ó como Pitágoras, para deducir de sus leyes las ideas fundamentales del universo, del hombre, de la Divinidad misma?

—Ciertamente este último me parece su fin mas noble.

—¿Hemos de estudiar las secciones cónicas para conocer mejor cómo han de construirse las máquinas, ó mas bien para hallar por su medio los símbolos de las relaciones de la Divinidad con sus diferentes emanaciones?

—Usas tu dialéctica como el mismo Sócrates, padre, dijo Hipatia.

—Si lo hago, es únicamente con un objeto temporal. Sentiria acostumbrar á Filemon á suponer que la esencia de la filosofía debe encontrarse en esas menudas investigaciones de palabras y análisis de nociones, que parecen constituir la principal virtud de Platon á los ojos de las personas que, como el sofis-

ta cristiano Agustín, adoptan su letra y no atienden á su espíritu; sin ver que aquellos diálogos, que ellos se figuran el altar, no son sino vestibulos....

—Dí mejor velos, padre!

—Velos, sí, con que el filósofo quiso confundir la grosera mirada de los que solo se guían por apetitos carnales; y también vestibulos, al través de los cuales el alma instruida pudiese entrar en el santuario, visitar los jardines de las Hespérides y coger el dorado fruto del Parménides y del Timeo.... En cuanto á mí, diré que con tal que quedasen esos dos libros, poco me importaría que todos los demas pereciesen mañana.

—Debes exceptuar á Homero y á Orfeo, padre.

—Sí, para la multitud.... Pero ¿de qué le servirían sin algun comentario espiritual?

—Le dirían tan poco, quizá, como el círculo dice al carpintero que traza uno con su compás.

—¿Y qué significa el círculo? preguntó Filemon.

—Puede tener infinitos significados, como los demas fenómenos naturales; y esos significados serán mas profundos

á medida que sea mayor la exaltacion del alma que lo considere. Como la única figura perfecta, es el símbolo de la totalidad del mundo espiritual, que, lo mismo que él, es invisible, menos en su circunferencia, donde lo limita el grosero fenómeno de la sensual materia. Y á la manera que el círculo se origina de un centro, también invisible, un punto, segun la definicion de Euclides, al que no pueden asignarse ni partes, ni tamaño, el mundo de los espíritus gira en torno de un ser insondable, invisible é indefinible; en sí mismo, como tantas veces he repetido, nada, pues solo es concebible por la negacion de todas las propiedades, incluyendo en ellas la razon, la virtud, la fuerza, y sin embargo, como el centro del círculo, causa de todas las demas existencias.

—Lo veo, dijo Filemon. Por el momento, sin duda, la idea de aquella Divinidad insondable le hirió como una idea fria y estéril.... pero la causa de esto pudo ser únicamente la torpeza de sus percepciones espirituales. De todos modos, si fué una conclusion lógica, debió ser exacta.

—Basta por ahora. En adelante pue-

des ser (creo conocerte bastante para predecir que serás) capaz de reconocer en el triángulo equilátero inscrito en el círculo y que le toca solo con sus ángulos, los tres supra-sensuales principios de la existencia, contenidos en la Divinidad, cual se manifiesta en el universo físico, coincidiendo con sus últimos límites, y no obstante, como él, independiente de esa invisible Unidad central que nadie se atreve á nombrar.

—¡Ah! dijo el pobre Filemon, avergonzándose de su torpeza: sin duda no soy digno de que se desperdicie conmigo tanta sabiduría.... Pero si no es mucho atrevimiento en mi preguntar.... ¿No considera Apolonio el círculo, como las otras curvas, independientes de su centro en cuanto á su existencia, y engendradas solo por la seccion de un cono por un plano que forme ángulo recto con su eje?

—Pero ¿no debemos trazar, ó á lo menos concebir un círculo que produzca ese cono? ¿Y el eje del cono, no está determinado por el centro del círculo?

Filemon quedó confundido.

—No te avergüences... lo que has hecho es, sin querer, poner de manifiesto

otro símbolo, quizá tan profundo como el anterior.... ¿Imaginas cuál?

Filemon no pudo acertar el nuevo símbolo.

—¿No vez en eso que, así como cada concebible seccion recta del cono engendra el círculo, así en todo lo que es hermoso y simétrico descubrirás la Divinidad, con tal que lo analices, en una direccion recta y simétrica?

—¡Hermoso! dijo Filemon; y el anciano añadió:

—¿No nos muestra tambien cómo se puede descubrir la única filosofía perfecta y original en todos los grandes escritores, con solo poseer los conocimientos necesarios para saber hallarla?

—Es verdad, padre mio; pero precisamente ahora deseo que Filemon se eleve, mediante los pensamientos que le he sugerido, á ese modo mas alto y espiritual de considerar la naturaleza, que nos la revela como revela el instinto (á lo menos en todas sus hermosas y nobles formas) á la Divinidad misma; deseo hacerle comprender que no basta decir con los cristianos, que Dios ha creado el mundo, si este aserto nos sir-

ve de excusa para pensar que su presencia, desde entonces, se ha retirado de él.

—Figúraseme, observó Filemon, que los cristianos no han sostenido nunca eso.

—De palabra, no; pero es indudable que suponen á la Divinidad Autor de una máquina muerta, la cual una vez formada, se moverá por sí misma, y rechazan como hereges á todos los pensadores filósofos, sean Gnosticos ó Platónicos, que, no satisfechos con tan estéril y sórdida idea del glorioso Todo, quieren honrar la Divinidad reconociendo su universal presencia, y creyendo honestamente el aserto de sus Escrituras, cuando dicen que El vive, se mueve y tiene su existencia en el universo.

Filemon indicó modestamente que el pasaje á que se aludia estaba expresado en la Escritura con palabras algo diferentes.

—Cierto. Pero si el pasaje es verdadero, su conversión debe serlo también. Si el universo vive, se mueve y tiene su existencia en El, ¿no debe El necesariamente penetrar todas las cosas?

—¿Por qué?... Perdona mi torpeza y esplica.

—Porque si no penetrara todas las cosas, las cosas que no penetrase serian como intersticios en su ser, y estarian por tanto sin él.

—Es verdad, pero estarian dentro de su circunferencia.

—Buen argumento. Sin embargo, no vivirian en él, sino en sí mismas. Para vivir en él, tendrán que ser penetradas por su vida. ¿Crees posible, crees ni aun reverente afirmar que pueda haber alguna cosa dentro de la infinita gloria de la Divinidad, capaz de excluir del espacio que ocupa al ser á quien debe lo que vale, y que en un principio ha de haber penetrado esa misma cosa, para comunicarla su organizacion y su vida? ¿Se habrá retirado, despues de crear, de los espacios que ocupaba durante la creacion, reducido á la baja necesidad de hacer sitio para su universo, y á sufrir el dolor (porque la analogia de toda la naturaleza nos dice que lo es) de un cuerpo extraño, como una espina dentro de la carne, subsistiendo dentro de su propia sustancia? Mejor es creer que su sabiduría y esplendor, semejan-

tes á una llama sutil y penetrante, se insibúa exteriormente con irresistible fuerza, al través de cada átomo organizado, y que si se retirase un solo instante del pétalo de la mas humilde flor, todo lo que á este quedaria de su hermosura seria la materia grosera y el caos de que fué formada. . . .

—Sí, prosiguió Hipatia, conformándose con el método de su escuela, que como por lo comun las escuelas que están en decadencia, preferia los discursos á la dialéctica, la síntesis á la inducción. . . . Mira aquella flor de loto levantándose, como Afrodita, de las olas en que ha dormido toda la noche, y saludando con su cuello de cisne á ese sol, cuyo curso seguirá amorosamente alrededor del cielo. ¿No hay en ella mas que materia bruta, cañas y fibras, color y forma, y esa vida sin objeto que los hombres llaman vegetacion? Era mucha mayor la ciencia de los sacerdotes egipcios, que veian en el número y la forma de esos pétalos de marfil y de esos estambres de oro, en el modo misterioso como la flor nace de las olas cada dia, en su bautismo por las noches, del cual sale todas las mañanas á disfrutar de

nueva vida, las señales de una idea divina, alguna misteriosa ley, comun á la misma flor, á la sacerdotisa vestida de blanco, que la lleva en las ceremonias del templo, y á la diosa á quien ambas fueron consagradas. . . . ¡La flor de Isis! . . . ¡Ah! La naturaleza tiene sus símbolos tristes, así como los tiene alegres. Y á medida que una nacion mal gobernada ha ido olvidando el culto á que debia su grandeza, por nuevas y bárbaras supersticiones, su flor sagrada ha ido siendo cada vez mas rara, hasta que (emblemático del culto á que acostumbraba tributar su perfume) hoy se la encuentra solo en jardines como estos; objeto de curiosidad para el vulgo, y para mí un monumento de la sabiduria y de la gloria que ha desaparecido.

Filemon, como se ve, estaba ya bastante adelantado en la ciencia, pues que las alusiones á Isis no le asustaban. Por el contrario, se atrevió á ofrecer consuelo á la hermosa afligida.

—El filósofo, dijo, no debe lamentar la pérdida de una mera idolatría exterior. Porque si, como parece que crees, hubiese una raiz de verdad espiritual en el simbolismo de la naturaleza, este

no puede morir. Y así la flor de loto deberá conservar su significado mientras que la especie exista en la tierra.

—¡Idolatría! respondió Hipatia con sonrisa. Espero que mi discípulo no volverá á repetir esa gastada calumnia cristiana. En cualesquiera supersticiones en que haya podido incurrir el piadoso vulgo, hoy son los cristianos, y no los paganos, los ídólatras. Ellos, que atribuyen poder milagroso á los huesos de hombres muertos; que hacen templos de osarios y se inclinan ante imágenes de los seres mas humildes, de seguro no tienen derecho á acusar de idolatría al griego ó al egipcio, que personifica en una forma de simbólica hermosura ideas que las palabras no alcanzan á esperar.

—“¿Idolatría? ¿Adoro yo acaso el Faro cuando le contemplo horas enteras, con amoroso temor, como la señal del poder de Hellas, que todo lo conquistaba? ¿Adoro la armonía del verso de Homero, cuando acojo con delicia las celestes verdades que me revela, y hasta amo el libro material, á causa del mensaje de que es portador? ¿Te figuras que haya quien, á no ser el vulgo, adore la imá-

gen, ó sueñe con que esta imagen ha de ayudarlo ú oirlo? ¿Por ventura, el amante equivoca el retrato de su amada con la realidad que vive y habla? Nosotros adoramos la idea, cuyo símbolo es la imagen. ¿Mereceremos censura porque usamos ese símbolo para representar la idea á nuestros afectos y emociones, en lugar de dejarles una noción estéril, una imaginación vaga de nuestro pensamiento?

—¿Entonces, preguntó Filemon con voz vacilante, pero sin poder contener su curiosidad, entonces tú adoras las divinidades paganas?

Filemon no comprendía por qué esta pregunta habria de excitar la susceptibilidad de Hipatia; pero es lo cierto que la excitó, pues contestó con bastante arrogancia:

—Si Cirilo me hubiese hecho esa pregunta, no me hubiera dignado contestarle: A tí debo decirte que antes de que respondas á ella, necesitas saber qué son esos que apellidas dioses paganos. El vulgo, ó mas bien los que encuentran su interés en calumniar al vulgo para confundir á los filósofos con él, pueden imaginarlos simples seres hu-

manos, sujetos como el hombre á la pena y al amor, á las limitaciones de personalidad. Nosotros, al contrario, hemos aprendido de los primitivos filósofos de Grecia, de los sacerdotes del antiguo Egipto y de los sabios de Babilonia, á reconocer en ellos las fuerzas universales de la naturaleza, esos hijos del espíritu que todo lo vivifican, que no son mas que emanaciones diversas de la unidad primera; mejor dicho, varias fases de esta unidad, segun ha sido concebida en los diferentes climas y razas por los sabios de distintas naciones. Así, á nuestros ojos, el que reverencia á los muchos, adora realmente y de la manera mas completa y elevada á la unidad, de cuya perfeccion aquellos son los antitipos parciales; cada uno perfecto en sí mismo, y sin embargo, la imagen de una sola de sus perfecciones.

—Entonces, dijo Filemon, á quien esta esplicacion causo grande alivio, ¿por qué aborreces tanto el cristianismo? ¿No puede ser uno de los muchos métodos?....

—Porque, respondió interrumpiéndole con impaciencia, porque el cristianismo se resiste á ser uno de esos mu-

chos métodos, y apoya su existencia en la negacion; porque se arroga la revelacion esclusiva de la Divinidad, y no quiere ver en su arrogancia que sus mismas doctrinas combaten semejante pretension, pareciéndose como se parecen á las de todas las demas creencias. No hay un dogma de los galileos que no se encuentre, bajo esta ó la otra forma, en alguna de esas religiones, de las cuales pretende desdenarse de tomar nada.

—Exceptuando, dijo Teon, su exaltacion de todo lo que es humano y plebeyo, de todo lo que es ignorante y humilde.

—Exceptuando... Pero allí viene una persona á la que no puedo... á la que no quiero encontrar. Tomemos por aquí... ¡pronto!

Hipatia, pálida como la muerte, condujo á su padre con antifilosófica prisa en otra direccion.

—Sí, continuó tan pronto como hubo recobrado su tranquilidad, si esa supersticion de los galileos se contentase con ocupar un puesto humildemente entre las otras *religiones lícitas* del imperio, no habria inconveniente en tolerarla como un bosquejo antropomórfico de cosas

divinas, adaptado á la inteligencia del vulgo; quizá peculiarmente adaptado por ser un y lisonjero para él. Pero....

—Otra vez tienes abí á Miriam, dijo Filemon, que se dirige á nosotros.

—¿Miriam? preguntó Hipatia severamente. ¿La conoces, pues? ¿Cómo es eso?

—Vive en casa de Eudemon, lo mismo que yo, respondió Filemon con franqueza. Lo cual no quiere decir que yo haya hablado nunca ni desee hablar á tan baja criatura.

—¿Nunca! ¡Te lo mando! dijo Hipatia casi en tono de súplica.

Pero á la zason no habia medio de evitar su presencia, y por fuerza Hipatia y su atormentadora se encontraron frente á frente.

—¡Una palabra! ¡Un momento, hermosa señora! exclamó la vieja prosternándose de un modo servil. No te des esa prisa cruel. Tengo.... ¡mira lo que tengo para tí! Y dejó ver, con cierto misterio, *el Arco Iris de Salomon*. ¡Ah! prosiguió, conozco que te vas á detener un instante, no por causa del anillo, ni tampoco de una persona que te lo ofreció en otro tiempo.... ¡Ah! ¿y dónde

está él ahora? ¡Quizá haya muerto de amor! A lo menos aquí tengo su último presente á la hermosa, á la cruel.... Bien, tal vez ella obró con cordura.... Ser una emperatriz.... ¡una emperatriz!.... Esto vale mas que todo lo que el pobre judío pudiera ofrecer.... Pero, sin embargo.... una emperatriz debe oír las peticiones de sus súbditos....

Todo esto fué dicho rápidamente, en tono bajo y adulatorio, y con mil contorsiones de todo su cuerpo, á excepcion de los ojos, que con la intensa fijez de su brillo turbaban á Hipatia, y de cuya penetrante mirada no era posible librarse.

—¿Qué quieres? ¿Qué tiene que ver ese anillo conmigo? preguntó Hipatia medio asustada.

—El que lo poseyó en otro tiempo te lo ofrece ahora. ¿Recuerdas una pequeña ágata negra.... cosa miserable?.... Si no la has arrojado, como es probable lo hayas hecho, desea recobrarla por este ópalo.... piedra mucho mas propia, ciertamente, para una mano como la tuya.

—El me dió la ágata, y la conservaré.

—Pero, ¡y este ópalo.... cuyo valor es de diez mil monedas de oro.... en cambio de un objeto miserable, roto.... y que no vale una sola moneda?

—No trafico como tú, ni he aprendido á estimar las cosas por su precio en dinero. Si esta ágata valiese dinero, no la habria aceptado.

—Toma el anillo, tómalo querida, dijo Teon en voz baja y con impaciencia. Nos servirá para pagar todas nuestras deudas.

—¡Vaya si servirá! respondió la vieja, que parecia haberle oido.

—¡Cómo, padre! ¿Tú me aconsejas tambien ser tan mercenaria? Buena muger, continuó volviéndose á Miriam, no puedo esperar que entiendas la razon de mi repulsa, pues que tú y yo tenemos distintas ideas de lo que es ó no digno. Pero te diré que á causa del talisman grabado en esta ágata, ya que no por otras razones, me es imposible dártela.

—¡Ah! ¡á causa del talisman! ¡Perfectamente! ¡Eso se llama obrar sábia y noblemente como un filósofo! ¡Oh! no diré una palabra mas. ¡Que la hermosa

profetisa conserve la ágata; que tome tambien el ópalo; porque tambien en él hay un hechizo! El nombre con que Salomon obligaba á los demonios á cumplir sus mandatos. ¡Mira! ¿De qué no fueras capaz si supieses el modo de usarlo? Tener grandes y gloriosos ángeles, con seis alas cada uno, prosternándose ante tí donde quiera que los llamasas, y diciendo: “Aquí estoy á tus órdenes; envíame.” ¡Míralo, míralo!

Hipatia cedió á la tentacion, y examinó el anillo con mas curiosidad de la que hubiera deseado mostrar; entretanto la vieja prosiguió diciendo:

—¡Pero la instruida señora sabe el uso que debe hacerse de la ágata negra? ¿Se lo dijo, por ventura, Aben-Ezra?

Hipatia se sonrojó algo; dábale vergüenza confesar que Aben-Ezra no le habia revelado el secreto, probablemente por no creer que existia semejante secreto, y que el talisman habia sido para ella solo un curioso juguete, al que un dia le agradaba suponer dotado de alguna virtud'oculta, riéndose al dia siguiente de la idea, como antifilosófica

y bárbara; así contestó severamente que sus secretos eran su propiedad.

—¡Entonces lo sabe todo!.... ¡Afortunada señora!.... Y el talisman debe haberle dicho si Heracliano ha perdido ó conquistado á Roma á estas horas, y si ella ha de ser madre de una nueva dinastía de Tolomeo, ó morir virgen, lo que no permitan los cuatro ángeles! Y sin duda se le ha aparecido ya el gran demonio, cuando ha frotado el lado liso, ¿no es verdad?

—Vete, loca; no creo como tú tales supersticiones infantiles.

—¡Supersticiones infantiles! ¡Ah! ¡ah! ¡ah! dijo la vieja volviéndose para marcharse, con reverencias mayores que nunca. ¡Y todavía no ha visto al ángel!... ¡Ah! ¡Bien! quizá algún día, cuando la hermosa dama necesite saber cómo ha de usarse el talisman, acuda á la pobre vieja judía para que la instruya.

Y Miriam desapareció por una calle de árboles y se entró por las mas espesas matas, mientras que los tres soñadores prosiguieron su camino.

Léjos estaba Hipatia de figurarse que la vieja en el momento de verse sola se

habia arrojado sobre el césped, arrastrándose y mordiendo las hojas, como una fiera acometida de la rabia....

—“¡La tendré, exclamaba, la tendré, aunque haya de arrancarle con ella el corazón!”

FIN DEL PRIMER TOMO.